

EN TEORÍA

Niños, niñas y libros

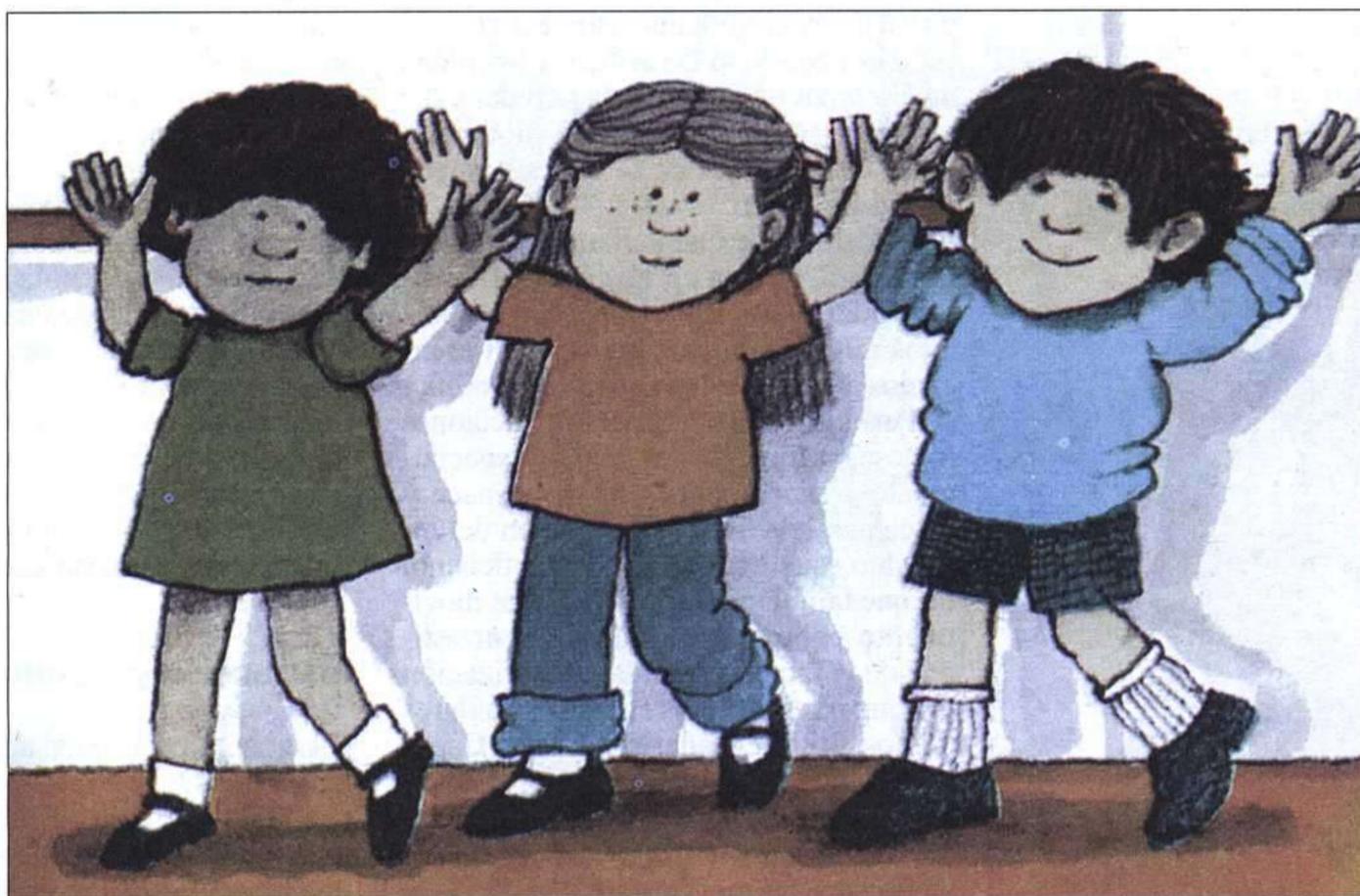
Las diferencias de género en la LIJ

por **Arantza Gárate***



Analizar el modo en que se transmiten a las nuevas generaciones los valores de las relaciones sexo/género vigentes en nuestro modelo social y advertir de la importancia que la literatura infantil y juvenil adquiere como vehículo de transmisión ideológica y cultural,

son dos de los objetivos de este trabajo. Un artículo que arranca con una visión panorámica de la evolución de la LIJ, y acaba con unas reflexiones éticas sobre el tema de las diferencias de género en la literatura destinada al público infantil y juvenil.



TOMIE DE PAOLA, OLIVER BUTTON ES UNA NENA, SUSAEIA 1991.

El hecho de que secularmente las propias mujeres hayamos asumido en muchas ocasiones una serie de valores como *nuestros*, como exclusivamente *femeninos*; unos valores de los que, en buena medida, nos hemos sentido orgullosas y, a la vez, reacias a tener que compartir con nuestros compañeros los hombres, hace difícil el esfuerzo de convencernos de la importancia que tiene el cambio hacia la igualdad entre hombres y mujeres, como único camino de progreso y, muy especialmente en aquellos países, sociedades y grupos más desfavorecidos de nuestro mundo.

Un análisis de la evolución de la considerada literatura infantil y juvenil, en cuanto a su contenidos e ideología, así como del comportamiento de sus personajes, puede permitirnos apreciar el modo en que se han transmitido a niños y niñas los valores de una determinada época, ver el cambio de perspectiva que actualmente existe respecto a épocas pasadas, y comprobar que no son sino un reflejo más de la evolución de nuestros cambios socio-económicos y, por consiguiente, también ideológicos. Así, por ejemplo, distan mucho entre sí la conducta de aquella cándida y maternal Wendy del *Peter Pan* de Barrie de la de



ASUN BALZOLA, HISTÓRIAS DE FRANZ, CRUJILLA, 1987.

cualquiera de las adolescentes que protagonizan las actuales novelas de la austríaca Christine Nöstlinger, la sueca María Gripe o la bilbaína Asun Balzola. Y eso sin necesidad de volver a las niñas *mari-chicos* del estilo de la popular y divertida —y en cierto modo pionera— Pippi Calzaslargas de la también sueca Astrid Lindgren.

Puede decirse que la llamada literatura infantil, que ya en el siglo XVIII europeo daba sus primeros pasos y ofrecía a los niños productos literarios diferenciados a través de los *Cuentos de antaño* de Perrault y de las primeras colecciones inglesas y francesas de relatos especialmente creados para la infancia, nace y crece paralela a la revalorización del individuo, que acarrea el Romanticismo. Porque también en el seno de este movimiento cobrará importancia la necesidad de la fantasía. Así, la revalorización y recuperación de los cuentos populares (de los Grimm, Andersen, Fernán Caballero o Calleja), los libros de viajes y aventuras (Stevenson, Verne, Salgari, Twain...) o aquellos otros libros de acentuado carácter moralizante, obra de toda

una ristra de *madames* francesas o *ladies* inglesas (desde Mme. Leprince de Beaumont a la Condesa de Segur, pasando por la propia reina Isabel de Rumania), asientan los cimientos de una profusión de obras, ilustradas, recreadas, una y otra vez reeditadas para niños y jóvenes.

De modo que podríamos afirmar que la literatura infantil comienza en el momento el que el niño es considerado como el destinatario implícito de ciertos productos literarios, unos productos difícilmente exentos de marcado didacticismo e intencionalidad, política unas veces, moralizante otras, pero siempre educativa y, por lo tanto, reflejo inequívoco de los valores que en cada momento han tenido vigencia y de los que una larga lista de autores y autoras —con frecuencia damas de alta posición social, según veremos— se hacía transmisora con destino

preferente al ámbito educativo de las escuelas. Un modelo de familia, de escuela, de infancia, con sus insistentes principios de autoridad y de buenas maneras y con sus incuestionables métodos de disciplina, con inamovibles roles sexuales. Una sociedad inmovilista, a veces, en sus profundas desigualdades, como la que nos describe la literatura inglesa de la época isabelina..., no podía quedar al margen de una literatura que, aunque los envolviera en la fantasía de acciones, escenarios exóticos y personajes más o menos verosímiles, tenía como fin la transmisión de los valores y principios morales de su época. Parece que en cada época o momento de la literatura cobran mayor protagonismo unos u otros aspectos de la conducta humana.

Instrucción y literatura

Lejos parecen quedar de la literatura que actualmente se escribe y difunde para niños y niñas aquellos otros principios moralistas, sin que esto signifique que ha perdido parte de su intencionali-



HARALD GRIPE, LA CASA DE LA JÚJUA, JOVENTUD, 1989.

dad educativa, pues nadie ignora que el libro —y más cuando prácticamente está quedando relegado al ámbito escolar— sigue siendo el medio idóneo para promover una *educación en valores*, en valores afectivos, estéticos y, desde luego, éticos y sociales, necesarios para una convivencia en el respeto a las normas establecidas.

En fin, unas y otras tendencias, tanto las permanentes como las cambiantes, son las que nos llevan a analizar el modo en que la literatura que leen nuestros niños y niñas ha tratado las diferencias y relaciones de sexo y de género. Para ello, nos hemos planteado los siguientes objetivos: ver de qué modo se transmiten a las nuevas generaciones los valores de las relaciones de sexo/género vigentes en nuestro modelo social; constatar de qué manera los modelos educativos desempeñan un papel trascendente en el mundo de los adultos y cómo estos modelos son hoy, en buena medida, transmitidos a la infancia por las propias mujeres (en sus roles de madres y educadoras); y advertir de la importancia que la literatura infantil adquiere como vehículo de transmisión ideológica y cultural, por cuanto tiene de instrumento educativo y *manipulador* en la etapa infantil.

Antes de nada, convendría dejar bien sentado algo que, por obvio, a veces ha quedado ignorado, y es el principio de que, en tanto que el sexo nos viene dado biológicamente, el género es una construcción social, formada a partir de los significados y evoluciones que en diferentes épocas y/o lugares se asocian al hecho de ser hombre o mujer, algo que puede variar de unas culturas a otras. A este respecto, y a propósito de la oposición masculino-femenino, el psicoterapeuta Tom Kitwood¹ advierte que los niños adquieren los medios para actuar de modo adecuado como miembros de una categoría de género («nos dirigimos a los niños como niños o como niñas»). Y así, se les señalan constantes ejemplos de gente mayor, tanto en su realidad circundante como a través de los medios de comunicación, se cuidan y seleccionan sus juegos así como sus actitudes sociales, y será la escolarización la que confirme finalmente su identidad de género («el niño o niña desarrolla recursos para

la acción social que no son necesariamente una expresión auténtica de su propio ser, sino que están determinados por los estereotipos predominantes»). Queda así constatada la importancia tanto de los medios de comunicación, como de la propia escuela en la configuración de las diferencias de género. Y un somero repaso a algunos de los momentos importantes en la historia social de la educación nos mostrará, a su vez, de qué

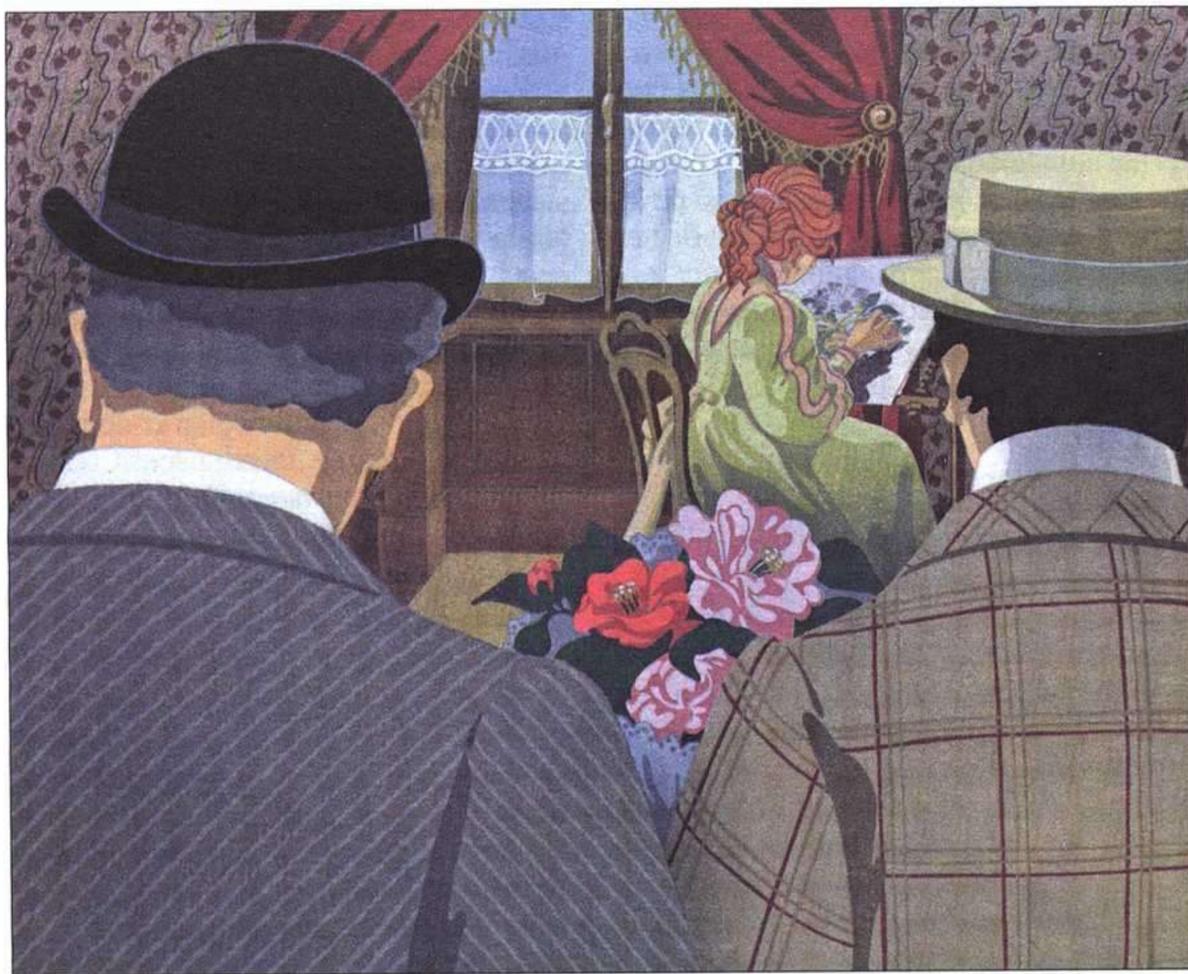
manera han podido ir evolucionando y modificándose esas diferencias.

Sin remontarnos a primitivas épocas en las que el núcleo familiar era la estructura desde la que se perpetuaban los sistemas y modelos de producción, y dejando atrás la llegada del cristianismo con la que la mujer adquiriría una consideración y respeto mayores de los que el judaísmo le había atribuido, advertimos como una constante histórica el peso de

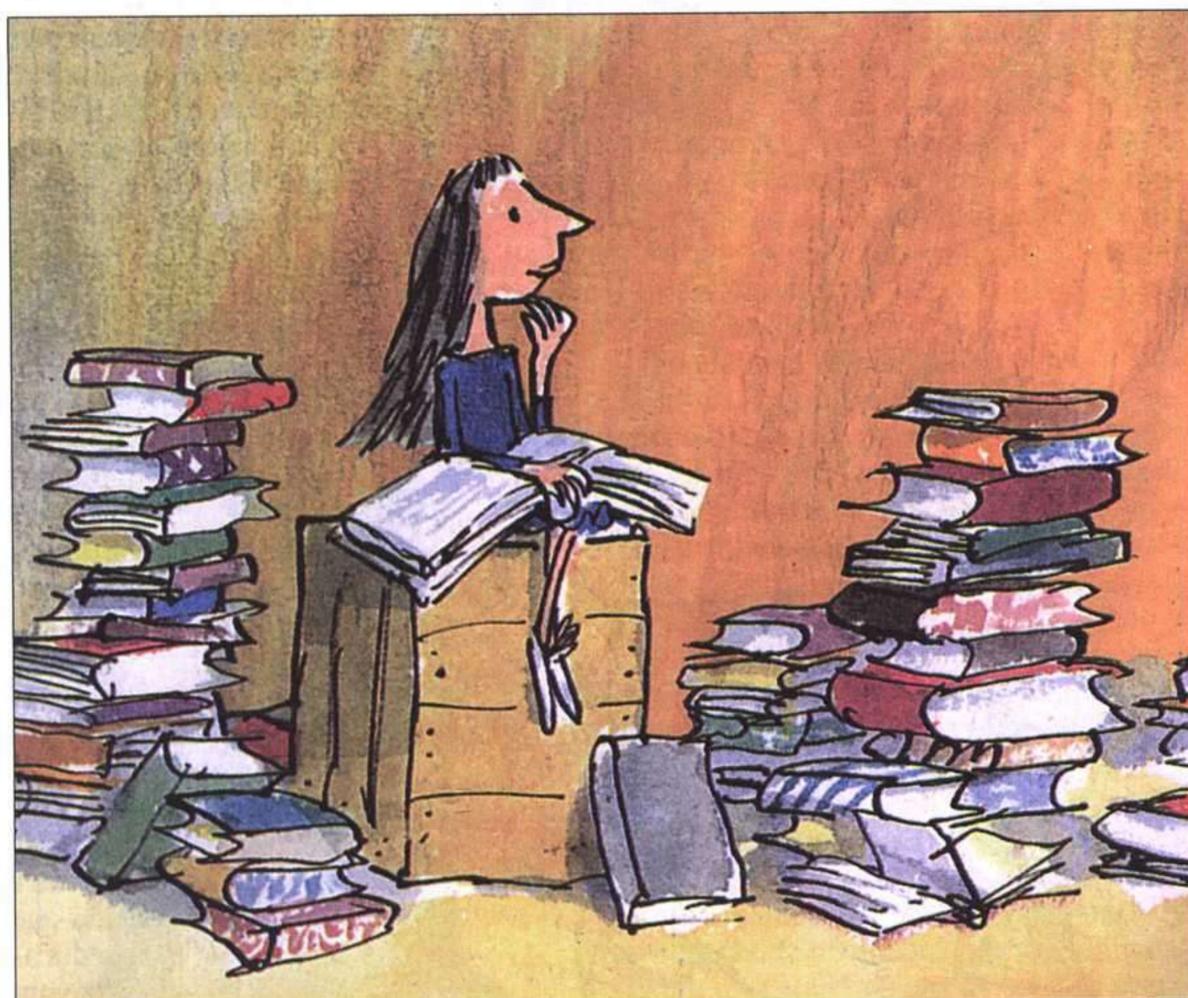
una secular concepción de la educación. Dicha concepción, que pasa por Erasmo o por Comenio (uno de los precursores de *una escuela de todos y para todos*), por Fenelón (quien en su tratado sobre *La educación de las muchachas*, se proclamaba impulsor de un modelo de educación *natural*), y llega hasta Rousseau (claro que la educación de su arquetipo femenino, la joven Sofía, nada tiene de ese carácter *natural* que se le concede a la figura varonil de su Emilio), nos muestra bien a las claras cómo, a pesar de algunos tímidos atisbos en favor del igualitarismo en lo que se refiere al acceso a la educación de varones y mujeres, ni tan siquiera el más vanguardista de los teóricos ilustrados, el mismísimo Rousseau, logra sustraerse a la idea preconcebida del papel que la naturaleza y la sociedad reservan a la mujer en cuanto madre y esposa (el de «pasiva y frágil»). Vemos pues, que, desde los grandes pensadores del Racionalismo y el Iluminismo, hasta las más modernas corrientes pedagógicas actuales que abogan por la coeducación, ha habido y hay un abismo ideológico.



ALAN TIEGREEN, ¡VIVA RAMONAL!, ESPASA CALPE, 1990.



NELLA BOSNIA, LA MANO DE MILENA, LUMEN, 1982.



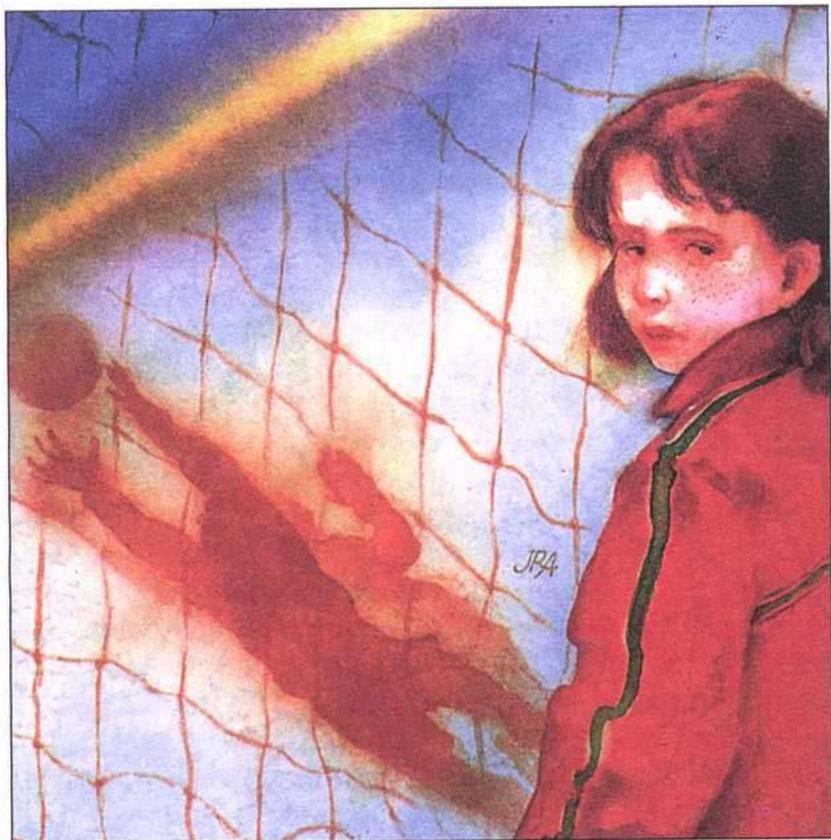
QUENTIN BLAKE, MATILDA, ALFAGUARA, 1989.

Si nos ceñimos al ámbito de los libros que para la infancia se escribían en los albores de esta modalidad literaria, es decir, en los siglos XVII al XIX, bien podría hablarse de una especie de *literatura cortesana para la infancia*, esto es, de unos libros nacidos en el seno de la aristocracia y, sobre todo, de una aristocracia femenina. En efecto, y acaso como reacción al auge e influencia dañina que pudieran causar las desmesuradas y truculentas fantasías de los cuentos populares en la educación de los niños y niñas, a partir del Ochocientos comienza a aparecer, sobre todo en Francia e Inglaterra, una *literatura de salón*, obra de una serie de damas postulantes que se volcaron en los asuntos de la instrucción y la literatura.

Era el siglo de la razón, caracterizado por una actitud crítica y revisionista, en el que también la literatura debía discurrir por los cauces de la lógica y el decoro. De ello se ocuparon, por ejemplo, ilustres damas, institutrices de la infancia nobiliaria como Mme. Le Prince Beaumont, Mme. Genlis, la Condesa de Segur en Francia, o las llamadas *blue stockings* inglesas —Hanna More, Ana Leticia Barbaud o Mary Edgeworth—, pero también nobles varones como el italiano Alessandro Parravicini, —autor del que iba a ser precedente del Juanito, y hasta del Xabiertxo vasco de pleguerra, es decir del niño modélico opuesto a Pinocho— o como el mismo conde Tolstoi, o Tagore, quienes inquietos desde su alta y acomodada posición social por la educación de la infancia crearían sus propios centros educativos con su correspondiente literatura didáctica.

No han faltado en esta larga lista de benefactores aristócratas reinas como Isabel de Rumania— que se ocultaba bajo el seudónimo de «Carmen Sylva»— o la misma Fabiola de Bélgica, escribiendo sus propios libros, u otras como la emperatriz Catalina II de Rusia, que creó colecciones para sus más allegados vástagos.

El caso es que en esa larga centuria se establecieron las directrices de un tipo de literatura marcadamente edificante e inmovilista, cuyos protagonistas ejemplares eran portadores de los valores establecidos en su época: la obediencia, las buenas maneras, la resignación ante



JUAN RAMÓN ALONSO, LAS BOTAS DE FÚTBOL, LÓQUEZ, 1992.



JAVIER SERRANO, MI TÍO TEO, ANAYA, 1992.

la adversidad, el claro y bien diferenciado rol masculino de los *hombrecitos*, llamados a ser heroicos militares, príncipes o modélicos ciudadanos, y rol femenino de las *mujercitas*, remilgadas y cursis, a la par que obedientes y sumisas, que tan bien retrata la norteamericana Louise May Alcott en *Mujercitas*.

Por la igualdad entre los sexos

Sin embargo, y dando un gran salto en el tiempo hasta las últimas décadas, que coinciden con un notable auge de la literatura infantil y juvenil, se aprecia como han surgido cada vez más voces individuales y colectivas preocupadas por la igualdad entre los sexos, que abogan por la importancia que en el proceso de la coeducación desempeñan los libros infantiles y juveniles. Ponencias, congresos y seminarios analizan los roles sexuales, los estereotipos sociales y las actitudes que niños y niñas reciben a través de su educación.

Así, un estudio realizado acerca de los roles ocupacionales en la literatura para niños sobre un limitado *corpus* de libros infantiles norteamericanos, una parte de ellos editados en la década de los años 30 (obras publicadas en 1932, 1935 y 1938,

en plena Depresión), y la otra entre los años 1963-73 (concretamente ediciones de 1965, 1968 y 1971), mostraba, por ejemplo, que, en el primer período, el 84,9% de las ocupaciones mencionadas eran atribuidas a los varones, mientras que sólo un 15,1% lo eran a las mujeres. En cambio, en el período analizado relativo a los años 60 y 70, aparecían un 79,4% de ocupaciones para hombres, frente a un 20,6% para las mujeres. Bajo los porcentajes estadísticos se escondían hechos como el de que la mayor parte de ocupaciones para los mujeres eran *femeninas* (sirvientas, amas de casa, maestras) y que, por debajo de la retórica de la igualdad de oportunidades, las mujeres de los 70 seguían desempeñando, en la literatura, los mismos roles que las de la década de la Gran Depresión. O como el de que los autores no dibujaban a muchos de sus personajes femeninos en trabajos estimulantes o prestigiosos.

Y si, como ya hemos señalado, la literatura que se escribe y difunde para la infancia constituye un importante elemento socializador y transmisor de valores, es fundamental el panorama que los libros, al igual que otros medios, le ofrecen² al respecto.

Otros dos especialistas venezolanos en literatura infantil y juvenil, Leoncio

Barrios y Regina Zegers³ se interesaron, a su vez, por analizar los contenidos ideológicos de los primeros títulos de la innovadora colección de libros infantiles de corte feminista, llamada A favor de las niñas, que había nacido apenas unos años antes, en 1976, en Italia impulsada por Adela Turin. La iniciativa surgía al amor de una fuerte corriente feminista italiana y ello movió a estos autores a analizar las connotaciones que conceptos como *hombre*, *mujer*, *relación de pareja* o *liberación femenina* podían ofrecer estos libros. De su análisis se desprenden como constantes:

—El establecimiento de una relación de pareja heterosexual.

—La hostilidad e incapacidad por parte de la figura masculina de llevar a cabo una vida de pareja armónica.

—La huida de la hembra como consecuencia del fracaso de la relación de pareja.

—El agrupamiento de las hembras entre sí.

—La liberación expresada mediante el pleno desarrollo de la figura femenina.

Es evidente, a la luz de tal análisis, que la imagen masculina está cargada de connotaciones negativas en tanto que la femenina lo está de rasgos positivos o de

limitaciones que logran superarse. La pareja aparece establecida por relaciones de dominio, hostilidad, servilismo, incomprensión..., en tanto que los grupos femeninos resultantes de la ruptura salen triunfadores y plenamente realizados. De ahí que la idea de la *liberación femenina* se les presenta a los lectores y lectoras como fruto de quedarse sola, abandonar los rasgos femeninos e imitar a los machos, dominar en la relación al otro y, sobre todo, aislarse de los seres masculinos y configurar un núcleo exclusivamente femenino. Aparte de esto, los relatos no ofrecen ningún rasgo afectivo, de maternidad... Y de ahí que los comentaristas se pregunten qué sentido puede tener el nuevo estereotipo en el que aparece lo masculino como nefasto, cruel u odioso; por qué se plantea como empobrecedora la relación de pareja; qué nos hace pensar que la exclusión de los hombres contribuye a la creación de un mundo mejor, o si acaso basta con que la mujer se dedique al arte, el estudio, la ciencia, los viajes... para alcanzar su plenitud; o qué se busca con predisponer, a través de este tipo de relatos, a las niñas indiscriminadamente en contra del sexo masculino.

Es también evidente, desde estas reflexiones, que el pretendido enfoque *feminista* de este tipo de libros, nacidos al amparo del vigor que en aquellos momentos adquirirían los movimientos de liberación de la mujer, termina volviéndose una actitud excluyente y revanchista frente a los valores masculinos para acabar cometiendo los mismos errores que se querían denunciar.

Permanencia de los estereotipos sexistas

Por su parte, la misma autora y editora milanesa, Adela Turin⁴, realizaba un análisis de la imagen que de la mujer ofrecen los libros infantiles, del que se desprende que la función de las mujeres, con todos los cambios que se quiera, sigue siendo todavía en los libros de hoy la de ocuparse de los niños y de las labores domésticas, mientras la de los hombres es ganar dinero. Según se desprende de su estudio, un tipo de imágenes estereotipadas sobre el hombre y la



JOSÉ CORREAS, LOS CINCO EN EL CERRO DEL CONTRABANDISTA, JUVENTUD, 1992.

mujer que todavía se reflejan en muchos de los libros que se publican para la infancia (gafas, o cartera, asociadas al varón; o delantal, ventana, flores..., a la mujer), son mutilantes para las niñas y empobrecedoras para los niños, pues se le niegan a un sexo las características que se le otorgan al otro. Y de ese modo, si los niños aparecen como seres activos y atrevidos, las niñas resultan pasivas y miedosas; en tanto que, si las

niñas aparecen afectuosas y sensibles, a los niños les queda mostrarse violentos.

Por otro lado, y nos apoyamos en el testimonio de Adela Turin, la vida profesional de la mujer está pobremente reflejada en los libros, de modo que muchos niños que carezcan de modelo familiar femenino próximo, no entenderán que la mujer pueda desempeñar otro papel que aquel que las obras que leen les atribuyen.

En esta relación de enfoques y documentos acerca de los roles masculino y femenino que se reflejan en la literatura infantil, merece también mencionarse el de la profesora del Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universidad Autónoma de Barcelona, Teresa Colomer⁵, quien, bajo un epígrafe y unos presupuestos no muy diferentes, analiza un *corpus* de 150 obras publicadas a partir de 1970 en España, para dejar constancia del modo en que el cambio social que ha experimentado la mujer en estas últimas décadas se refleja en la literatura infantil, sobre todo en la que podría considerarse una literatura de calidad comprometida con los valores no discriminatorios. De su análisis extraemos también algunas consideraciones que nos parecen destacables y que, por nuestra parte, trataremos de justificar también con una personal y complementaria aportación de ejemplos y obras no incluidas entre las que ella analiza en su trabajo.

Como ya se ha dicho, la transmisión de unos valores masculinos y femeninos es uno de los aspectos más transparentes en la literatura escrita para los niños y las niñas de cualquier época. Es evidente que, durante mucho tiempo, la discriminación de géneros se aplicaba paralelamente al tipo de lecturas aptas para niños o para niñas, y ello se descubre hasta hace poco en muchas colecciones o series en las que se recrea la vida familiar o del internado escolar, cuyo máximo exponente es la conocida novela de Alcott, *Mujercitas*. Pero junto a la que se puede incluir la obra de escritoras como Juana Spyri, Florencia de Arquer o la misma y posterior Enid Blyton, con su serie de aventuras en torno a las mellizas en Santa Clara o en el internado de Malory, y tan popular, por otra parte, con su serie de Los cinco, en la que la chica del grupo se integra en una pandilla masculina.

No falta entre ellas las escritoras españolas como Josefina Bolinaga (autora de series de «cuentos para niñas» como el titulado *Tardes del hogar*, cuyo enunciado es, de por sí, elocuente, puesto que alude abiertamente al espacio privado femenino al que se relega a la mujer) o las hermanas Villardefrancos. Al mismo tiempo, fueron apareciendo los clásicos

decimonónicos de la aventura con las obras de Emilio Salgari o Julio Verne, eso sin olvidar un tipo de literatura marcadamente edificante y devota destinada a los adolescentes, como la del canónigo Smchid, que ha discurrido paralelamente a ambas.

La moderna implantación de un modelo de educación mixta traerá también consigo un cambio fundamental en la literatura para niños y jóvenes, aunque muchas veces ese cambio sólo ha consistido en una mera inversión de roles: la niña adquiere valores masculinos, como le ocurre a la Dori protagonista del relato de Frederik Hetmann, *Las botas de fútbol*; o el niño *se afemina*, que es lo que ocurre en *Oliver Button es una niña*, de Tomie de Paola, un tierno libro infantil en el que se cuestionan los roles sexuales tradicionales a través de la historia de un niño que sueña con ser bailarín.

Situaciones similares ocurren en *Historias de Franz*, de Christine Nöstlinger, donde se plantean los problemas de un niño con aspecto de niña, o en *El deseo de Sofía*, de Elisa Ramón, cuya protagonista, la segunda de tres hermanos, tiene ciertos problemas de identidad. En una franja de

lectores de más edad, se pueden mencionar *Una chica llamada Francisco*, de K.Roeder-Gnaderberg, y casi todos los personajes que para la adolescencia crea la austriaca Nöstlinger. Dos libros complementarios uno del otro, *El papá de noche* y *La casa de Julia*, de la sueca María Gripe vuelven a cuestionar los roles masculino-femenino a través de la relación que se establece entre una preadolescente y el joven *canguro* encargado de cuidarla por las noches. A pesar de éstos y otros posibles ejemplos, y según se desprende del análisis de la profesora Colomer, los protagonistas masculinos siguen siendo cuantitativamente mayoría en los libros de literatura infantil y juvenil.

Protagonista femenina

Del análisis de ciertas obras, se puede concluir que, aunque el viaje y la aven-



INGRID VANG NYMAN, PIPPI CALZASLARGAS, CÍRCULO DE LECTORES, 1991.

tura siguen protagonizándolos mayoritariamente los chicos, a éstos también se les concede el derecho a la intimidad, a expresar sus afectos, miedos y penas. Ejemplos de ello son *Ben quiere a Ana*, de Peter Härtling, en torno al amor preadolescente visto desde la perspectiva masculina; o *Los pájaros de la noche*, del noruego Tormod Haugen, cuyo protagonista comparte con su madre el miedo a que le suceda algo a su padre, un hombre con sentimientos de fracaso y problemas de depresión que se ha escapado varias veces de casa.

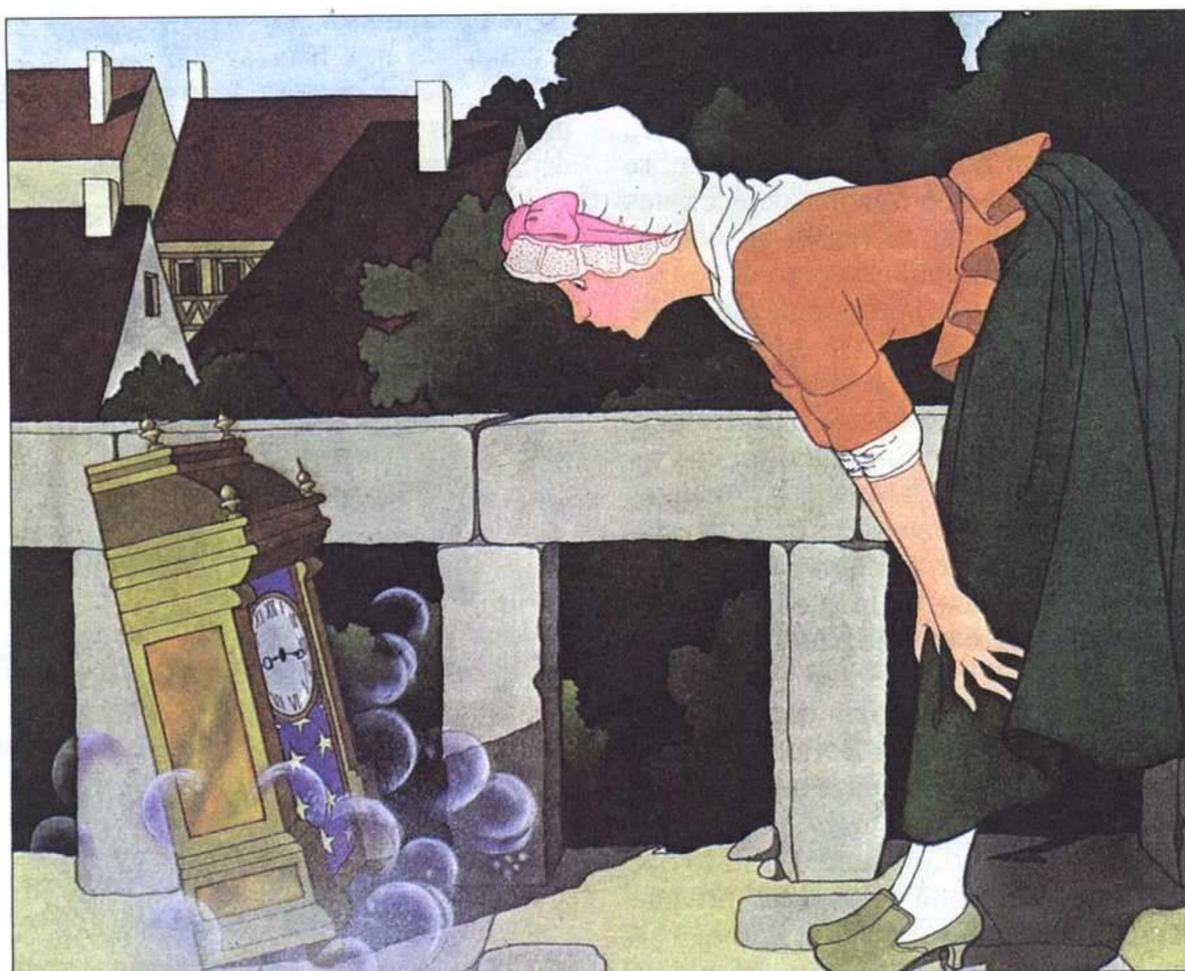
Vemos también que el varón sigue sin asumir *labores femeninas*, en las que en todo caso sólo es un colaborador, como en los libros de María Gripe. Sigue siendo la mujer la responsable de las labores del hogar en un 69% y, cuando trabaja fuera de casa, lo hace para suplir una carencia, y casi siempre en puestos de asistente, maestra o bibliotecaria.

Por otro lado, el estereotipo de personaje malvado —la bruja, la madrastra— se ha ido masculinizando. No resultan ya *malos fantasmas* o vampiros, personajes que muchas veces se vuelven anti-modelo (*Vampiro a mi pesar*, *El pequeño Vampiro*, *Malos tiempos para fantasmas* son títulos de por sí elocuentes para explicar ese fenómeno que popularizó Oscar Wilde con su bondadoso y asustadizo *Fantasma de Canterville*). Ahora los *malvados* son bandidos, traficantes, corruptos y ambiciosos funcionarios y hasta perversos profesores. Y, a la inversa, antiguas anti-heroínas, como las brujas o las madrastras, se vuelven personajes bondadosos, como se nos muestra, por ejemplo, en *Lo malo de mamá*, de Babette Cole, donde el niño protagonista hace lo imposible porque su madre resulte fantástica a los demás a pesar de su condición de bruja; o en *Sarah, sencilla y alta*, de Patricia Maclachla, relato juvenil en el que se nos presenta la reacción de una familia granjera ante la llegada de la nueva madrastra.

Tal vez uno de los rasgos más característicos de los actuales libros para chicos sea el hecho de que —como ocurre en sus propias aulas— los chicos y las chicas comparten muy a menudo el protagonismo a través de la cuadrilla mixta. Así, la popular serie de Los cinco de Enid Blyton, donde ya aparecía tímidamente una



ANNA CURTI, LA CHAQUETA REMENDADA, LUMEN, 1980.



NELLA BOSNIA, LA HERENCIA DEL HADA, LUMEN, 1988.

muchacha, dista mucho del enfoque sexista de su antecesor, creación de la autora inglesa Richmal Crompton, como es la serie de Guillermo Brown. Ahora vemos aparecer amigos y amigas, como en *Querido Paul, querida Susi*, de Nöstlinger, o en la serie de Carlos Puerto, Los niños del Unicornio.

Otro de los fenómenos llamativos en la literatura para niños y niñas de última hornada es la presencia de protagonistas femeninos extraordinarios, ya sea por su capacidad de ensoñación, de ternura, de destreza... en un espacio que, hasta la irrupción de la *Pippi Calzaslargas* de Astrid Lindgren en los años 60, parecía reservado a los Guillemos, Tom Sayer, Jim Hawkins... Nos referimos a la precoz, inteligente y prodigiosa Matilda, de Roald Dahl, a la Momo de Michael Ende, a la Munia de Asun Balzola, a la perspicaz Anastasia Krupnik de Lois Lowry, o la cándida Ramona de los relatos de Beberly Cleary.

Al margen de éstas y otras protagonistas de conocidas series, son también muchos, hoy más que nunca, los relatos para niños y jóvenes con protagonista femenino: *Sheila la Magnífica*, de Judy Blume, que recrea la armoniosa vida familiar entre adolescentes; *Anne aquí, Sélima allí* de Marie Feraud, con el proble-



TOMIE DE PAOLA, OLIVER BUTTON ES UNA NENA, SUSAETA, 1991.



ASUN BALZOLA, MUNIA Y EL COCODRILO NARANJA, DESTINO, 1984.

ma de enculturación de los magrebíes en Francia; *La jaula del Unicornio*, de la cubana Hilda Perera, en donde, en tono de denuncia, se plantea el problema de los hispanos en Norteamérica a través de tres generaciones femeninas; *Un viernes embrujado*, de Mary Rodgers que, en clave de humor, sitúa a su protagonista adolescente, Anabel, ante el rol de ama de casa; o, por mencionar a una autora más próxima, Pilar Mateos, con la obra *Mi tío Teo* que, en clave también amable, nos presenta a una niña que tendrá ocasión de conocer a su tío tres años menor que ella...

¿No habrá en la intención de estas autoras cierto afán de desquite? No. Probablemente, esta abundancia de protagonistas femeninas se explique por el hecho de que hay cada vez más autoras en la literatura para niños y jóvenes, muchas de las cuales, además, han contribuido a renovar el género. Hemos mencionado a algunas de ellas —Astrid



R. LILLO, MUJERCITAS, MATEU, 1958.



SOPHIE BRANDES, BEN QUIERE A ANA, ALFAGUARA, 1993.

Lindgren, Maria Gripe, Christine Nöstlinger, Adela Turin, Betsy Byars, Beverly Cleary, Mira Lobe, Anne Fine...—,pero hay muchas más, como las españolas Mercé Company, Maite Carranza, María Puncel, Carmen Vázquez-Vigo, Mariasun Landa, Elvira Lindo, Pilar Mateos o Concha López Narvárez, por nombrar algunas.

De cualquier modo, es obvio que la literatura infantil y juvenil sigue siendo reflejo de la situación real del contexto en que se genera y funciona, así como de los valores que transmite. De ahí que el machismo dominante inherente a otra época asomara en los libros igual que aparece hoy, tímidamente para unos, caricaturizado para otros, el creciente protagonismo logrado por la mujer en nuestra sociedad a través de muchas protagonistas femeninas. Son muchas, como ya hemos dicho, las obras protagonizadas y/o relatadas por mujeres; y no pocas en las que, bien sean masculinos o femeninos sus protagonistas, se in-

vierten, o cuando menos se cuestionan, los roles establecidos. Baste como ejemplo el relato infantil de Ricardo Alcántara *¿Quién ayuda en casa?*, en el que padre e hijo descubren lo difícil que pueden resultar las labores domésticas el día en que la madre decide irse de vacaciones; o el de Concha López Narvárez, *Memorias de una gallina* que, a modo de fábula, nos transmite los más nobles valores y sentimientos a través de la vitalista e intrépida gallina que nos cuenta su vida.

Algunas reflexiones éticas

Como idea fundamental, y a la luz del presente análisis, pensamos que, sólo en la medida en que hombres y mujeres hayan sido capaces de interiorizar una experiencia no discriminatoria, podrá existir una literatura no sexista, tanto para niños como para adultos. De otro modo, los libros que se escriban para los niños,

incluso desde la comprometida militancia no sexista, no serán más que el reflejo forzado, artificial, de la realidad.

Pocos ponen en duda que la complicidad de la Iglesia, con su propia y desigual concepción del hombre y de la mujer, desempeña todavía hoy un papel fundamental en la perpetuación y sostenimiento de los roles tradicionales y de la desigualdad entre sexos.

Como en cualquiera de las parcelas de nuestro comportamiento y actitudes, el camino hacia la igualdad entre hombres y mujeres está lleno de escollos, especialmente para aquellas mujeres con un modelo de referencia como el de la imagen de la Virgen María, que, al menos desde una lectura masculina, sigue anclada en la tradición inamovible desde la que se nos presenta como mera intercesora, como la imagen femenina que, «con su maternal solicitud expone a su hijo las situaciones difíciles, a fin de que él las alivie y las transforme» (de la Encíclica *Sollicitudo rei socialis*). En po-

cos momentos se habla, sin embargo, a los/las creyentes de la gran mujer que fue María, que supo luchar y crecerse ante la adversidad, aún estando embarazada, y del papel de educadora desde el que transmitió unos valores que fueron, posiblemente, básicos en la doctrina de Jesús,... Por eso, habría que responsabilizar en gran medida a nuestra jerarquía eclesiástica de no pocas de las ambigüedades que podemos llegar a sentir las mujeres a la hora de hablar a nuestros hijos e hijas de unos roles femeninos, entre los cuales persiste el de mediadora e intercesora tanto en el ámbito doméstico como en el laboral. Pues ésta es la perspectiva desde la que se nos ha adoc-trinado, desde el magisterio de la Iglesia, a la hora de ejercer su rol a tantas muje-res hoy madres.

En estrecha relación con lo anterior, no podemos obviar aquí el trascendente papel que las instituciones religiosas han desempeñado y desempeñan en el campo educativo, tanto de la docencia como de la edición de obras infantiles y juveniles: potentes editoriales con su impronta e ideario propios han marcado inevitablemente las pautas de una literatura que llega a niños y jóvenes, cargada de los valores sociales, culturales y mo- rales que esas mismas editoriales tamiz- an, seccionan e impulsan.

Como conclusión última, recordemos que educar es transmitir valores que ayu- den a nuestros menores a ser gente sen- sible, solidaria, responsable, autónoma e independiente, lo cual es una tarea ardua en una sociedad como la nuestra en cri- sis de valores, y en la que la ausencia de héroes y heroínas que sirvan de modelos hace que se retomen los de antaño, con el consiguiente peligro de repetir los mismos esquemas: relegar a las mujeres al espacio privado o hacer que sigan los pasos de los varones con la renuncia a su feminidad. Algunos intentos para una educación en la igualdad y el respeto a las diferencias se materializan en el prin- cipio de la igualdad de derechos, desde la que todos y todas somos seres huma- nos, personas con capacidad y necesidad de comunicación y de afecto.

Retomando la cita Bahá'í hindú que recoge Nekane Lauzirica⁶, compartimos plenamente la idea de que «el mundo de la humanidad posee dos alas: una es la

mujer, y la otra el hombre. Hasta que las dos alas no estén igualmente desarrolla- das, no podrá volar. Si una de las dos alas permanece débil, el vuelo será im- posible». ■

*Arantza Gárate es diplomada en Enfermería y estudiante de Antropología.

Notas

1. Tom Kitwood, *La preocupación por los demás. Una psicología de la consciencia y la moralidad*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 1997, pp 90 y ss.
2. La mención del estudio estadístico de referen- cia, así como algunas de sus conclusiones, han sido extraídas por Judith Stevenson a partir de es- tudios como el de J.S. Hillman, «An Analysis of Male and Female Roles in to periods of Children's Literature» (*Journal of Educational Research*, 68, octubre 1974), o el de A.P. Nilsen: «Women in Children's Literature» (*College English*, 32, ma- yo 1971), entre otros, y mencionados en su artí- culo: «Los roles ocupacionales en la literatura pa- ra niños», publicado en la revista venezolana de literatura infantil *Parapara*, 2, diciembre 1980, pp 4-14.

ra niños», publicado en la revista venezolana de literatura infantil *Parapara*, 2, diciembre 1980, pp 4-14.

3. L. Barrios y R Zegers: «A favor de las niñas, ¿qué?», en la revista venezolana de literatura in- fantil anteriormente mencionada, *Parapara*, 2, di- ciembre de 1980, pp 12-25.

4. Adela Turin es una editora milanesa creadora de la colección Dalla parte delle bambine, de la que en España recogió el testigo la editorial Lu- men bajo el nombre de A favor de las niñas, con una serie de libros no sexistas. Entre otros foros, Turin participó en el 24º Congreso del IBBY que tuvo lugar en Sevilla en octubre de 1995 con la conferencia «La literatura infantil y juvenil y su igualdad entre los sexos», parcialmente recogida en la Memoria del Congreso

5. Teresa Colomer, «A favor de la niñas. El sexis- mo en la literatura infantil», en *CLIJ*, 57, enero 1994.

6. Nekane Lauzirica, *Mirando al futuro con ojos de mujer. De México a Pekín pasando por Nairo- bi, Cumbres Mundiales sobre la Mujer*, Bil- bao: Desclée de Brouwer, 1996.

Bibliografía

- Bravo Villasante, Carmen, *Literatura infantil universal*, Madrid: Almena, 1978.
- Calleja, Seve, *Literatura infantil vasca*, Bilbao: Mensajero-Universidad de Deusto, 1988.
- Cervera, Juan, *Teoría de la literatura infantil*, Bilbao: Mensajero-Universidad de Deusto, 1992.
- Colomer, Teresa, «A favor de las niñas. El sexismo en la literatura infantil», en *CLIJ*, 57, enero de 1994.
- Hürlimann, Bettina, *Tres siglos de literatura infantil europea*, Barcelona: Ju- ventud, 1968.
- Petrini, Enzo, *Estudio crítico de la literatura juvenil*, Madrid: Rialp, 1981.
- Santoni, Antonio, *Historia social de la educación*, Barcelona: Reforma de la Escuela, 1981.
- Turin, Adela y otros, «Así es por una igualdad de sexos a través de la literatu- ra infantil», Salamanca: Centro Internacional del Libro y la Lectura, 1996.
- Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Grupo Estel, *Historias familiares. Una selección bibliográfica para niños y jóvenes*, Salamanca: Centro Internacio- nal del Libro Infantil y Juvenil, 1993.

Estudios sobre educación y valores morales

- AA.VV., «Valores, hoy», en *Vela Mayor*, 2, Madrid: Anaya, 1994.
- AA.VV., *Jóvenes españoles 1994*, Madrid: Fundación Santa María, 1995.
- Cobeta, M. y otros, «El estado de la cuestión» en *Cuadernos de Pedagogía*, 245, marzo 1996.
- Díaz-Aguado, M^a.J. y Medrano, C., *Educación y razonamiento moral*, Bilbao: ICE de la Universidad de Deusto, 1994.
- García Roca, J., «Constelaciones de los jóvenes» en *Cuadernos de Cristianisme i Justicia*, Barcelona, 1994.
- García Sobrino, J. y otros, *Apuntes de literatura infantil. Cómo educar en la lec- tura*, Madrid: Santillana.